

Capítulo 9

Marxismos fugaces: algunas reflexiones sobre la estética del marxismo en el movimiento estudiantil de Alemania Occidental (1961-1962)

BENEDIKT SEPP

La particular fascinación del movimiento estudiantil de Alemania Occidental por la teoría marxista en los años sesenta ha acabado convertida en un cliché. No parece haber mirada hacia la rebelión de los estudiantes que no aluda a una afición aparentemente fanática y voraz por la lectura que sacó a las calles a los estudiantes rebeldes. En el gran número de estudios históricos sobre el movimiento estudiantil, se trasluce un interrogante implícito: ¿Los estudiantes tomaban en serio sus teorías y en qué medida repercutieron y guiaron estas su acción política? Si bien gran parte de la literatura dedicada a la recepción de teorías por parte del movimiento estudiantil supone que la rebelión encuentra su origen en sus textos sinópticos,¹ las memorias de los contemporáneos dan la impresión de que las teorías unificadoras del movimiento estudiantil, incluido su marxismo, solo desempeñaron un papel superficial en la protesta contra el orden establecido.²

- 1 H. Weiss. *Die Ideologieentwicklung in der deutschen Studentenbewegung* (Múnich, Viena: R. Oldenbourg; Verlag für Geschichte und Politik, 1985); L. Landois. *Konterrévolution von links. Das Staats- und Gesellschaftsverständnis der "68er" und dessen Quellen bei Carl Schmitt*, 1.ª ed. (Baden-Baden: Nomos, 2008); y J. Benicke. *Von Adorno zu Mao. Über die schlechte Aufhebung der antiautoritären Bewegung*, 1.ª ed. (Freiburg im Breisgau: ça-ira-Verlag, 2010).
- 2 G. Koenen. *Das rote Jahrzehnt. Unsere kleine deutsche Kulturrevolution 1967-1977*, 1.ª ed. (Colonia: Kiepenheuer & Witsch, 2001); U. Enzensberger. *Die Jahre der Kommune I. Berlin 1967-1969* (Múnich: Goldmann, 2006); y P. Schneider. *Rebellion und Wahn. Mein 68: eine autobiographische Erzählung*, 1.ª ed. (Colonia: Kiepenheuer & Witsch, 2008).

Sin duda, esta posición es discutible si no se desea reducir el movimiento estudiantil a sus publicaciones y sus intelectuales más señeros. Sin embargo, la opinión de que el movimiento estudiantil solo instrumentalizó el marxismo para satisfacer una necesidad adolescente de rebelión podría entenderse como una forma muy peculiar de materialismo vulgar. Esta perspectiva también sugiere implícitamente que los estudiantes no habían «entendido» a Marx correctamente. Quizá esas dicotomías se resuelvan atendiendo a la lógica subyacente de las acciones del movimiento, particularmente en lo que concierne a su marxismo. Puede que merezca la pena reflexionar sobre lo que la teoría marxista, frente a otras teorías, podría haber ofrecido a quienes la leían en relación con su problemática del momento. Siguiendo esta línea de reflexión, una obra de filosofía, literatura o teoría tiene poco significado inminente para la acción; solo cuando se combina con una circunstancia concreta se puede generar sentido o una llamada a la acción en la conciencia de los involucrados.³

Con el fin de comprender la difusión de las teorías marxistas dentro del movimiento estudiantil de los años sesenta, cabría hacerse estas preguntas: ¿Qué oportunidades ofrecía a los agentes el recurso al marxismo? ¿Qué tipo de marxismo se generó en relación con la circunstancia concreta? Esta línea de investigación no pretende detenerse en un análisis de la recepción de tales teorías, sino que tratará de comprender la difusión de los conceptos y dogmas marxistas en el movimiento estudiantil en cuanto a su capacidad circunstancial de influencia e interpretación; Armin Nassehi ha sugerido el término «estética de la teoría»⁴ para designar el resultado del modo de presentación de una teoría determinada como un medio para comprender el atractivo que tuvo entre sus lectores, más allá de su contenido real. Con este concepto en mente, nos centraremos en algunos elementos concretos a partir de los cuales esperamos comprender la apropiación usual de la teoría marxista; además, examinaremos su capacidad circunstancial para influir

3 A. Reckwitz. *Die Transformation der Kulturtheorien. Zur Entwicklung eines Theorieprogramms* (Weilerswist: Velbrück Wiss, 2006), p. 606; S. Reichardt. «Praxeologische Geschichtswissenschaft. Eine Diskussionsanregung» *Sozial.Geschichte*, 22, 3, 2007, pp. 43-65, aquí p. 54.

4 A. Nassehi. *Geschlossenheit und Offenheit. Studien zur Theorie der modernen Gesellschaft*, 1.^a ed. (Fráncfort del Meno: Suhrkamp, 2003), p. 83. [N. de la T.: en alemán «Theorieästhetik»].

y fundar una conciencia también circunstancial, así como patrones de pensamiento y de lenguaje. Desde una perspectiva metodológica, esto puede desplazar el foco de atención desde el análisis de los debates de los círculos marxistas a la búsqueda de huellas de la teoría marxista en el mundo de vida de los revolucionarios. En cartas, diarios, notas, expedientes y fuentes similares, se encuentran marxismos fugaces, transitorios y efímeros que revelan lo heterogéneo e irregular de la relación que unió a los estudiantes rebeldes con los fundamentos filosófico-éticos y académicos propuestos.

Desentrañar la dicotomía entre los dirigentes intelectuales del movimiento y aquellos que simplemente estaban llamados a seguir —y que, frente a una lectura profunda la teoría, consumían comida rápida para la agitación— puede llevar a comprender la relación entre la dinámica interna de un movimiento de protesta y las justificaciones para su existencia que se comunican de forma interna y externa. Con ello también, a comprender la complejidad e irregularidad que la actividad política de un movimiento así ha de asumir de forma inevitable. Sin pretender exhaustividad, este análisis de casos pretende centrar la atención en varios aspectos en los que el movimiento estudiantil antiautoritario y sus seguidores practicaron una apropiación de Marx. Estos son los interrogantes de partida: ¿Qué ofreció la teoría marxista a los estudiantes rebeldes? ¿Qué acciones se sancionaron con ella? ¿Cuál era la forma adoptada por la teoría marxista tal y como los estudiantes la concebían?

En 1961, la larga controversia entre el SPD (Sozialdemokratische Partei Deutschlands) y su sindicato estudiantil, la SDS (Sozialistischer Deutscher Studentenbund, que abandonó el pragmatismo político del partido matriz) terminó con la expulsión de los estudiantes.⁵ La razón oficial fue la infiltración comunista en la SDS, que la organización siempre negó. Sin embargo, la orientación del sindicato hacia la teoría —en este caso en especial la teoría marxista— era manifiesta y se convirtió en un pilar para su concepción propia como unión de intelectuales críticos. En su presentación y manifiestos, la SDS afirmaba que la acción política debía fundarse en los enunciados de la teoría. Un contemporáneo describe el atractivo de la profundidad del pensamiento y de las ideas que

5 W. Albrecht. *Der Sozialistische Deutsche Studentenbund (SDS). Vom parteikonformen Studentenverband zum Repräsentanten der Neuen Linken* (Bonn: Dietz, 1994).

irradiaba la SDS: «La SDS tenía mucha reputación porque era un grupo muy intelectual y centrado en la teoría. En general, la mayoría no podía seguir el hilo, pero de alguna forma les gustaba». ⁶ Sin duda, su interés por la teoría marxista lo convirtió en uno de los grupos políticos más radicales, al menos a los ojos del público. La dificultad para adquirir la literatura adecuada y el sentimiento anticomunista de la época le dieron a la teoría marxista, fuera incluso de las universidades, un aire de saber secreto o prohibido. Ulrich Enzensberger, integrante de *Kommune 1* (que todavía no se había fundado en ese momento), recuerda sus primeros intentos revolucionarios en su ciudad natal: «El nombre de Marx tenía un toque erótico. Palabras como internacional, descomposición, clandestino o subversivo evocaban un mundo tentador y prohibido». ⁷

El hecho de que las opciones de estudiar la teoría marxista se redujeran prácticamente a la universidad debió de haber contribuido a una comprensión de la terminología marxista más basada en asociaciones de ideas que en conocimiento. Debido a la rivalidad por sistema entre los dos estados alemanes, Marx no se estudió por lo general en las universidades de Alemania Occidental (a excepción de una minoría de cátedras académicas izquierdistas). ⁸ En su lugar, los estudios sobre Marx se redujeron en gran medida a grupos pequeños y descentralizados. A comienzos de los años sesenta, el interés por la teoría marxista se planteaba en gran medida desde la perspectiva de la curiosidad intelectual, no como una llamada a la acción política ni como una labor con motivación política. Las diversas facciones de la heterogénea SDS recibieron y analizaron la teoría marxista en distintos grados; sin embargo, todas parecieron recurrir a ese contacto con la teoría marxista para distinguirse externamente de otros grupos y cristalizar una identidad interna. En muchos debates internos, se sostuvo la idea de que la forma correcta de acción para los intelectuales era elaborar una teoría socialista sobre los fundamentos de la teoría marxista.

6 B. Spix. *Abschied vom Elfenbeinturm? Politisches Verhalten Studierender 1957-1967*, 1.ª ed. (Essen: Klartext, 2008), pp. 127 y ss.

7 U. Enzensberger, *op. cit.*, p. 37.

8 C. Henning. «Attraktion und Repulsion. Marxistische Gesellschaftsentwürfe zwischen Selbstverwirklichung und Gewalt», en T. Kroll y T. Reitz (eds.) *Intellektuelle in der Bundesrepublik Deutschland. Verschiebungen im politischen Feld der 1960er und 1970er Jahre* (Gottinga: Vandenhoeck & Ruprecht, 2013), pp. 71-86, aquí pp. 75 y ss.

Sin embargo, esta connotación de saber secreto o prohibido no siempre fue apreciada en la SDS si no implicaba la posibilidad de un cambio político. Incluso en las primeras reuniones de la SDS, centradas en la orientación y la estrategia del grupo, se debatió ampliamente sobre la posición de la teoría marxista y, con ello, sobre la capacidad de que un movimiento socialista diera lugar al cambio. Con todo, la opinión era que el marxismo tendía a enredarse con el análisis político y económico, y que rara vez trascendía un papel casi monacal y marcado por una erudición inoperante.

«El marxista está apartado, sigue desde la seguridad de su sillón los acontecimientos sociales y se lee a Marx de cabo a rabo en busca de explicaciones cuando algo lo descoloca. La teoría se desintegra en citas. El cambio es superfluo»,⁹ concluía un autor de la revista *neue kritik* de la SDS, condenando los encuentros de lectura y debate de la época como coartada para evitar un compromiso político real. Aunque la teoría marxista se entendía como el eje para la ciencia social crítica de izquierda, las generaciones más jóvenes de la SDS anhelaban una teoría que trascendiera el marxismo y no redujera al intelectual a una voz solitaria en el desierto ni a un grito en mitad de la calle.

Debates similares se dieron en Subversive Aktion, otra célula de incubación del movimiento estudiantil. Los integrantes de Subversive Aktion, inicialmente adheridos al colectivo de artistas Situationistische Internationale, concibieron una estrategia destinada a echar luz sobre los mecanismos represivos de la sociedad con la ayuda del psicoanálisis y la teoría crítica. Rudi Dutschke y Bernd Rabehl, refugiados de la RDA y muy familiarizados con el marxismo, enaltecieron el análisis marxista para el trabajo subversivo. Con la promesa de un estilo científico, el potencial para la acción y el redescubrimiento de tradiciones marxistas diversas y variadas, las acciones políticas a las que se había dedicado Subversive Aktion hasta entonces (centradas en desencadenar respuestas) pasaron a parecer poco metódicas e ineficaces.¹⁰

9 T. von der Vring. «Antikritisches zur Strategiediskussion (I)», *neue kritik*, 6, 28, 1965, pp. 17-23, aquí p. 18.

10 W. Kraushaar. «Kinder einer abenteuerlichen Dialektik», en F. Böckelmann y H. Nagel (eds.) *Subversive Aktion. Der Sinn der Organisation ist ihr Scheitern* (Frankfurt del Meno: Verlag Neue Kritik, 1976), pp. 9-31, aquí pp. 21 y ss.

A medida que Subversive Aktion se fue alineando con el marxismo, se formularon contra la escuela de Fráncfort ciertas posturas críticas, similares a las que la SDS formulaba contra el marxismo. Según razonaban, evaluar y describir la pobreza con tecnicismos cada vez más artificiales solo servía para afianzar el *statu quo*. Contra las teorías revolucionarias que se anquilosan en la ortodoxia, se debería recurrir a una lectura crítica que sometiera los textos canónicos a examen, particularmente respecto a su relevancia actual. Subversive Aktion se hizo eco de este planteamiento en su recepción de lo que consideraban autores marxistas renegados que se apartaban de la concepción marxista oficial del partido, entre los que contaban a Georg Lukács, Karl Korsch y Wilhelm Reich. Si bien se reconoció la necesidad de la teoría marxista para comprender las bases económicas del rechazo psicológico de las estructuras sociales, se pretendía recibir y estudiar a Marx sin asumir la noción romántica de un movimiento obrero unido. Esto dio lugar a la creación de un marxismo más orientado a la acción que superaba la concepción anterior de una práctica que solo era capaz de arrojar luz puntualmente sobre instrumentos sistémicos y estructurales de represión a través de la intervención artística.

Aunque una parte integral de la concepción inicial de Subversive Aktion era satirizar y burlarse de todo tipo de política revolucionaria organizada, la penetración de otros grupos de izquierda como la SDS dio lugar a una nueva estrategia. En Múnich, un panfleto sobre las circunstancias de la SDS en aquel momento, lanzado por integrantes de Subversive Aktion, se abría citando a un primer Marx: «la crítica despiadada de todo lo existente», en la que la inclusión del psicoanálisis, la ciencia social moderna y la dedicación del «individuo al completo» a la «crítica práctica» se consagraba como requisito fundamental para el trabajo socialista.¹¹ La respuesta del comité ejecutivo federal de la SDS confirmó todos los prejuicios de puntillosidad teórica que los jóvenes socialistas tenían sobre la apoltronada SDS, ya que criticaba que la cita

11 E. Altvater, F. Böckelmann, T. Schmitz-Bender, R. Führer, D. Kunzelmann y L. Menne. «Thesen zur Situation des SDS», en F. Böckelmann y H. Nagel (eds.) *Subversive Aktion. Der Sinn der Organisation ist ihr Scheitern* (Fráncfort del Meno: Verlag Neue Kritik, 1976), pp. 270-277.

«no era del Marx del *Capital* ni del Marx del *Manifiesto Comunista*, sino del Marx de 1843».¹²

En su estudio propio sobre Marx, que incluía una necesidad radical de interpretación y acción contemporáneas, Subversive Aktion se definía como una contraparte dinámica de los «representantes sindicales y los marxistas trajeados» de la SDS,¹³ a los que, de forma implícita, se acusaba de estar bien asentados dentro del orden capitalista, con su ortodoxia y su anquilosamiento. Los integrantes de Subversive Aktion fueron ganando influencia en la SDS particularmente en la de Berlín Occidental, con lo que este conflicto comenzó a definirse como un conflicto generacional que se libró en listas de lectura y mediante ellas (por ejemplo, en debates de seminarios teóricos de carácter obligatorio). En los diversos conflictos entre la infinidad de facciones de la SDS, se debatió acaloradamente sobre el significado del marxismo. Estos debates evidenciaron una concepción muy heterogénea del estilo político de izquierda. Y es que la teoría marxista respaldaba tanto tener una buena presencia y capacidad de relacionarse con los círculos burgueses consolidados como la lucha en las calles, las revueltas y el alzamiento revolucionario.

Mientras tanto, en el movimiento estudiantil antiautoritario, el término «marxismo» dejó de estar asociado tan firmemente con el concepto categórico de «teoría». Los estudiantes leían con voracidad y no se reducían a los clásicos del movimiento obrero, sino que leían también a anarquistas, obras de psicoanálisis, educación progresista o teoría sexual. Aun así, un Marx reconstruido y ensamblado a partir de numerosas fuentes desempeñó un papel más central que otros pensadores citados ocasionalmente. El recurso a Marx, especialmente a ojos de los medios, sirvió al movimiento estudiantil para presentarse como una entidad seria, intelectual y crítica y, a su vez, para que los medios lo caracterizan como símbolo de la combinación fructífera de retórica revolucionaria con formas y modos civilizados de expresión. Cuando

12 F. Böckelmann. «Brief an Dieter Kunzelmann vom 28.1.1965», en F. Böckelmann y H. Nagel (eds.) *Subversive Aktion. Der Sinn der Organisation ist ihr Scheitern* (Frankfurt del Meno: Verlag Neue Kritik, 1976), pp. 265-268.

13 D. Kunzelmann. *Leisten Sie keinen Widerstand! Bilder aus meinem Leben* (Berlín: Transit, 1998), p. 51.

un dirigente estudiantil dijo a *Der Spiegel* que respaldaba una protesta estudiantil, aunque «desde una perspectiva marxista es obviamente una locura ir a la huelga porque el menú de la universidad suba treinta peniques»,¹⁴ se presentaba a sí mismo como un estratega versado que sabía reconocer las necesidades de las masas y estaba en condiciones de servir a la causa, aun estando más allá de ella. El interés académico y la acción anarquista se fundieron en el uso del término tornasolado de «marxismo» en un llamamiento revolucionario: «El marxismo, como lo entendemos nosotros, es un método para analizar la realidad social, sin dejar de ser un grito de guerra incondicional para los revolucionarios antiautoritarios»,¹⁵ defendía Bernd Rabehl desde las páginas de *Der Spiegel* en 1968.

La demanda de una filosofía (y, con ello, de una crítica) total que supuestamente hacía el marxismo llevó a una invasión de los patrones de pensamiento marxista en la conciencia de los estudiantes revolucionarios. Como apuntó el escritor Peter Schneider en su diario en 1967: «El marxismo, la única apreciación crítica de la realidad, no juzga ni sentencia, sino que explica y, por lo tanto, permite una transformación de la realidad».¹⁶ Esto ilustra el potencial de estatus que se atribuía al vocabulario teórico no solo en el contexto político. Parecer capaz de traducir los problemas cotidianos en categorías marxistas abría ciertas posibilidades para abordarlos, al tiempo que caracterizar a la otra parte del debate como «no marxista» o «burgués» anulaba *a priori* su capacidad para participar en él. De esta forma, se exploraron y consolidaron las identidades de grupo y su espacio de maniobra.

Para la mayoría de los estudiantes revolucionarios —especialmente los inspirados por la energía del movimiento a la altura de 1967— la estética y las connotaciones de este tipo marcaron su comprensión en gran medida subjetiva de Marx en mayor grado que un estudio cuidadoso o académico de la teoría marxista. En los diarios y otras formas de interpretación propia, trascender a la cosmovisión objetiva del marxismo se concebía como un salto existencial, para el que tenía que prepararse el sujeto.

14 N. A. «Sex und Marx», *Der Spiegel*, 29, 1967, pp. 27-28, aquí p. 28.

15 B. Rabehl. «Karl Marx und der SDS», *Der Spiegel*, 16, 1968, p. 86.

16 P. Schneider, *op. cit.*, p. 232 y ss.

¡Tiendes mucho más al existencialismo que al marxismo! Es el momento de que estudies el existencialismo en profundidad, sin quedarte a la deriva por la superficie. Solo así estarás verdaderamente abierto al marxismo. ¡Considera hasta qué punto relacionas todas las cosas con tu persona y cómo ignoras las construcciones sociales! Así, cada cierto tiempo, te haces las mismas preguntas y te enfrentas a los mismos problemas.¹⁷

En su diario, Inga Buhmann se reprocha haber caído en una filosofía que seguía siendo demasiado burguesa y presentaba el marxismo como la antítesis del contenido subjetivo, en el que el individuo solo se considera a sí mismo. Aceptar internamente el marxismo no significaba tanto aceptar una cosmovisión filosófica diferente, como practicar la capacidad de ver conexiones ocultas que fluyen de las estructuras y de los instrumentos de represión hasta las nimiedades cotidianas del individuo. En una concepción marxista, era posible vincular los movimientos de libertad anticoloniales del Tercer Mundo con la revuelta juvenil de Occidente, entendiendo que ambos formaban parte de un movimiento revolucionario global en el que los infortunios personales y la acción política resultante se ponían en relación sin esfuerzo. Pensar en términos de estructuras significaba que la conciencia del individuo se movía siguiendo patrones rutinarios e inertes de comprensión. La capacidad de ver relaciones de poder conformadas a través de la economía en policías agresivos o una moral sexual represiva en lugar de una mala fe ejercida en nombre de las autoridades era algo que se debía aprender y aplicar en la vida cotidiana. La reacción casi demasiado predeciblemente histórica en nombre del orden establecido no hizo sino reforzar el convencimiento de que se estaba en el camino correcto. Si el simple hecho de protestar provocaba tal oposición, es que se debía de haber tocado un punto débil del orden. La teoría se adaptó y se validó en relación con su práctica y, en consecuencia, pareció posible influir en el proceso de la historia.

Así, una revuelta juvenil respaldada por esta forma de marxismo debió de considerarlo como un plan teleológico que permitía creer en la posibilidad de derrocar el orden establecido con una revolución. El marxismo, presentado como llave maestra intelectual para la historia

17 I. Buhmann. *Ich habe mir eine Geschichte geschrieben*, 1.^a ed. (Múnich: Trikont-Verlag, 1977), p. 189.

del mundo, servía de metáfora y modelo para la estética con una calidad teísta, una filosofía total que requería cierta devoción por ella. Hablar y pensar en términos marxistas, aun sin haber leído a Marx, confería la sensación de pertenencia y la capacidad de expresar sentimientos confusos y opacos a través de conceptos socio-filosóficos más claros.

La dispersión de los movimientos estudiantiles tras el intento de asesinato de Rudi Dutschke y las siguientes revueltas de masas también supuso una crisis de confianza en las teorías aceptadas hasta el momento: los seguidores de la revolución no habían contado con su fracaso. Mientras que la mayoría de los estudiantes rebeldes volvieron a integrarse en otros *milieus* políticos o apolíticos, varias facciones se dedicaron a elaborar y someter a crítica las acciones del movimiento estudiantil. En especial, se rechazó el supuesto (considerado ahora como no marxista) de que los estudiantes podían iniciar voluntariamente la revolución, un rechazo que se presentó como un retorno a los fundamentos intelectuales del movimiento obrero. Se descartaron las tendencias psicoanalíticas, que se consideraban ahora competencia pequeñoburguesa. «¡Reorganicemos juntos el estudio de los clásicos!»¹⁸ se titulaba un documento puesto en circulación por la SDS y ese era también el lema de un movimiento de lectura integral que se vio facilitado por una mayor infraestructura editorial que suministraba materiales de lectura nuevos y antiguos.¹⁹ Así, si había que reflotar el barco, en lugar de pescar literatura revolucionaria de forma ecléctica en afluentes secos, parecía mucho más fructífero regresar al cauce principal, con sus tomos de colores azul y marrón. Así recuerda Gerd Koenen esta época de lecturas voraces, ahora guiadas, que prometían dar permanencia al estatus teórico del movimiento antiautoritario: «Tras los debates recurrentes y sin sentido de la SDS que tendían a extinguirse en tecnicismos, la lectura sistemática de los “clásicos” fue como un soplo de aire fresco».²⁰

Además de las obras de Lenin y Mao, que cada vez disfrutaban de mayor aceptación, las obras completas de Karl Marx y Friedrich Engels

18 B. Rabehl y P. Neitzke *Das Studium der Klassiker im Verband reorganisieren!* 1967/1968. APO-Archiv FU Berlin, SDS 364 SDS Berlin Doppel I.

19 U. Sonnenberg. *Von Marx zum Maulwurf. Linker Buchhandel in Westdeutschland in den 1970er Jahren*, 1.^a ed. (Gotinga, Niedersachs: Wallstein, 2016).

20 G. Koenen, *op. cit.*, p. 189.

fueron, obviamente, la fuente de mayor fascinación por los «clásicos». Con el deseo de conseguir a «Marx completo»²¹ en versión original —en lugar de fragmentos sueltos tomados de bibliografía secundaria—, cada tomo publicado y cada grupo de lectura pretendía embeber a los lectores revolucionarios más todavía en la tradición del movimiento obrero histórico. La búsqueda de desarrollos históricos y de prácticas revolucionarias no se reducía a la lectura de literatura teórica, sino que incluía el arte revolucionario, el cine de la revolución rusa, la poesía de Majakowskij y, en particular, la literatura obrera de la República de Weimar, cuya inclusión en el canon literario defendían académicos comunistas. Ante el crecimiento permanente y vertiginoso del número de teorías del movimiento antiautoritario, Marx (y Lenin) era una base a la que siempre se podía acudir, que servía para explicar los disparates pequeñoburgueses del movimiento estudiantil y que podía ofrecer modos de acción validados en la historia.²² Ser conscientes de haber encontrado el código fuente de la sociedad —lo que se consideraba importante tanto para la comprensión como para la conformación de la historia— inspiraba optimismo por haber encontrado la teoría correcta en el momento oportuno. Ahora, se podía trabajar para corregir los fallos del movimiento obrero histórico, tal y como concluía Lutz von Werder desde una perspectiva actual: «Ordenaremos todo correctamente, todo está mal entendido y todo, mal interpretado. Fue como el espíritu de la reforma de Lutero, que propuso interpretar la Biblia bien después de haberla estado interpretando siempre mal».²³

Este convencimiento se puso en práctica a través de organizaciones a menudo diversas y a menudo de vida corta. Muchos antiguos antiautoritarios ya no creían en la posibilidad de poner la revolución en marcha ellos mismos. El objetivo del trabajo teórico ya no era educar a las personas, sino despertar la conciencia de clase instintiva que se pensaba

21 R. Reiche. «Sexuelle Revolution - Erinnerung an einen Mythos», en L. Baier (ed.) *Die Früchte der Revolte. Über die Veränderung der politischen Kultur durch die Studentenbewegung* (Berlín: K. Wagenbach, 1988), pp. 45-72, aquí p. 49.

22 U. Kadritzke. «Produktive und unproduktive Illusionen in der Studentenbewegung», en H. Bude y M. Kohli (eds.) *Radikalisierte Aufklärung. Studentenbewegung und Soziologie in Berlin 1965 bis 1970* (Weinheim, Múnich: Juventa, 1989), pp. 239-82, aquí p. 267.

23 Palabras de Lutz von Werder en una conversación mantenida conmigo en Berlín, en enero de 2015.

inherente a la clase obrera. En Berlín Occidental, entre otros lugares, los estudiantes acudían a comunidades obreras e incluso directamente a fábricas y lugares de trabajo para dar a conocer a obreros y obreras la teoría marxista a través de grupos de debate en el que afloraran desigualdades percibidas desde hacía mucho tiempo. Estas acciones presuponían una diferencia de identidad primordial entre estudiantes y obreros. Como intelectuales, los estudiantes se consideraban con los sentidos atrofiados y entendían su deseo compulsivo de teoría como una compensación subconsciente de esa carencia. Por su parte, con la adquisición de terminología marxista, los trabajadores podrían aprender a identificar y reconocer en su vida cotidiana los mecanismos de opresión y explotación que hasta ahora solo percibían de forma inconsciente. Cuando los explotados entendieran su posición, la revolución seguiría casi con total fiabilidad procesos orgánicos e intuitivos. A través de su trabajo político dentro de las comunidades, estudiantes y trabajadores –tradicionalmente separados por la estructura dominante de clases– podrían comenzar a acercarse hasta acabar convertidos en una misma entidad revolucionaria.

Aunque son reducidas, las fuentes que proporcionan información exacta sobre las prácticas de lectura sugieren la confianza en que ese despertar se produjera leyendo a Marx (se esperaba que el efecto fuera inmediato en cuanto un sujeto tuviera frente a frente las palabras de Marx). Así, por ejemplo, en ocasiones los estudiantes se limitaban a leer ante un grupo de trabajadores textos (que ellos mismos habían trabajado a fondo en grupos de lectura y que estaban plagados de apuntes y subrayados).²⁴ Aunque esta práctica fue bastante ineficaz a largo plazo, es de suponer que la experiencia colectiva de los textos facilitara un sentimiento de comunidad en el que pareciera posible que lo que se elaboraba en la teoría se materializara en la vida cotidiana. De manera similar, en otros círculos de izquierda se confiaba en que una lectura conjunta de Marx pudiera dar lugar a un colectivo. De esta manera, el grupo de padres de un jardín de infancia antiautoritario de nueva creación pretendía aclarar su posición colectiva mediante la lectura y el debate colectivos de las «obras templanas».²⁵

24 I. Buhmann, *op. cit.*, p. 297.

25 Colectivo Lankwitz, H. J. Breitenicher, R. Mauff y M. Triebe. *Kinderläden. Revolution der Erziehung oder Erziehung zur Revolution?*, 41.ª ed. (Reinbek bei Hamburg: Rowohlt-Taschenbuch-Verlag, 1972), p. 43.

Seguramente, el atractivo inmediato de este cambio de funciones de la teoría marxista (aquí solo esbozado) fue que no solo ofrecía una explicación plausible del fracaso del movimiento antiautoritario, sino que también daba instrucciones claras de acción que podían ir más allá de un trabajo que, aunque politizado, seguía siendo erudito. El paso en parte existencial de «ponerse el hábito de monje, dejar atrás el trabajo académico y meterse de lleno en el fango proletario»²⁶ permitió que la lectura continuara siendo una forma de acción política, institucionalizada a través de los grupos de lectura.

Al mismo tiempo, los años de 1968 a 1970 marcaron una fase de transformación dentro del movimiento estudiantil. La ortodoxia marxista, que los revolucionarios exhibían en gorras y pancartas, no implicaba todavía directamente abandonar un estilo de vida por lo demás antiautoritario para adoptar otro más proletario. No obstante, esto iba a cambiar rápidamente en ciertos sectores del *milieu* izquierdista. Al parecer, presentar a los trabajadores los fundamentos de la teoría marxista no siempre conducía a los resultados esperados. Así, los estudiantes se las vieron más con la incompreensión hacia su programa de lectura que con el deseado despertar una conciencia de clase instintiva (que solo estaba aguardando a que la terminología marxista le diera orden). A menudo, los estudiantes que habían dejado atrás un estilo político más lúdico y se acercaron a las comunidades obreras encontraban un proletariado más interesado por las teorías de libertad sexual que por la política corporativa, esto es, más aficionado al estilo que ellos acababan de abandonar.²⁷ El deseo de que hubiera grupos de lectura obligatoria en muchos de los grupos organizados (aún esporádicamente y que solían depender del compromiso individual de los organizadores) resultó precisamente de esta constatación. El problema no era –como lo percibía una organización de base del distrito berlinés de Wedding– que los obreros no pudieran entender la teoría ni identificarse con ella, sino

26 Lönnendonker, Siegward, Hochschulpolitik y Kommune I. Entrevista con Wolfgang Lefèvre el 30 de diciembre de 1969. Anexo en S. Lönnendonker *Die Politik des Sozialistischen Deutschen Studentenbundes (SDS), Landesverband Berlin. Versuch einer Rekonstruktion der Entwicklung vom Dezember 1964 bis zum April 1967 unter besonderer Berücksichtigung von Organisation, Strategie und Taktik* (tesis de licenciatura inédita), pp. 52-92, aquí p. 74.

27 I. Buhmann, *op. cit.*, p. 298.

que los estudiantes, en una deducción falaz de la contradicción principal, habían descuidado la formación político-económica. La solución propuesta por ellos se tuvo por una mediación mejor organizada y en la que la teoría cada vez tenía mayor relevancia.²⁸ Las formas previas y desestructuradas de mediación y organización se asociaron cada vez más con el dicho leninista de «tocar el violín».

Desde la perspectiva de la dinámica social de las prácticas de lectura, un resultado coherente fue la formación de los primeros partidos de cuadros maoístas: la teoría del movimiento antiautoritario no había tenido una base uniforme, sino un carácter en gran medida ecléctico. Los métodos de diferenciación y el establecimiento de jerarquías se dieron en gran medida a través del descubrimiento y la apropiación de nueva literatura teórica, cuya reserva respecto a otros grupos se convirtió en un instrumento de poder, en cuanto otorgaba una ventaja inicial en el conocimiento. Por otro lado, un retorno colectivo a los «clásicos» implicaba la existencia de una base uniforme que había que estudiar a fondo para tener ventaja en los debates. En este sentido, la radicalización de la acción política hasta la construcción de cuadros (inspirados en el KPD de la República de Weimar) fue congruente con las circunstancias reales.

La filosofía marxista-leninista que prometían los grupos K y otros partidos comunistas sugería un final para las interpretaciones subjetivas y circunstanciales de partes aleatorias de las teorías marxistas. En cambio, este enfoque implicaba una lógica interna para el proceso de revelación del marxismo y, por lo tanto, también una dirección clara para la construcción y la práctica de un partido (que solo faltaba materializar).

Ricardo engendró a Smith, Smith engendró a Marx, Marx y Engels engendraron a Lenin. Lenin engendró a Stalin. Stalin engendró al presidente Mao. Marx, Engels, Lenin, Stalin y el presidente Mao engendraron a los marxistas-leninistas. Estos engendrarán un partido. Este partido será la vanguardia de las clases obreras. La clase obrera, bajo la dirección de este partido, engendrará una revolución.²⁹

28 Grupo de base de Wedding. *Kritik und Selbstkritik der Basisgruppe Wedding*, 25.10.1969. APO-Archiv FU Berlin, APO-Basisgruppen Berlin Interna, 1969.

29 J. Schimmang. *Der schöne Vogel Phönix* (Fráncfort del Meno: Suhrkamp, 1979), pp. 127 y ss.

Así es como el narrador de la novela autobiográfica *Der schöne Vogel Phönix* describía su cosmovisión y la de su partido en ese momento. Atribuir estas fases del desarrollo de la teoría a personajes históricos, cuyos retratos decoraban los manifiestos del partido como poderosos símbolos visuales,³⁰ creaba un sentido teleológico y de tradición. Lo anterior también implicaba que las lecturas y las interpretaciones de los *textos primigenios* se dividían en las categorías absolutas de «correcto» e «incorrecto», además de indicar las formas adoptadas por los debates internos y el membrete con el que se rechazaban proyectos en competencia.

Como era de esperar, el elevado estatus atribuido a la literatura marxista le permitió convertirse en un instrumento de poder para el trabajo político cotidiano: la acción política diaria tenía que ser puesta en relación de alguna manera con la teoría adoptada por el partido. Así, resultaba evidente que eso iba a promover la posibilidad de competencia interna que se librara circunstancialmente recurriendo al conocimiento de los «clásicos» como arma favorita y leyendo los tomos azules «para obtener la pequeña ventaja que da una nota al pie que casi nadie conoce».³¹ Esos comportamientos promovieron y subrayaron la diferencia de estatus del marxismo respecto a la teoría ordinaria. «Nunca leí a Marx tirada en el sofá –escribió Sybille Lewitscharoff sobre su época en una organización trotskista–, aun estando sola en mi habitación, me sumergía en mi ejemplar de *Das Kapital* y pasaba las páginas con tanta devoción, como si tuviera a cien comunistas muertos vigilándome por encima del hombro».³² Estas prácticas de lectura envolvían la teoría marxista en un aura de algo que era de admirar y elevaban al lector a una evolución que se plasmaba en el pasado y en el futuro.

El hecho de que Marx no pueda leerse sin que dejara una huella que transformara al lector de por vida también fue un relato habitual en las autobiografías oficiales del partido. La autora de un panfleto que

30 Kommunistische Partei Deutschlands/Aufbauorganisation. «Programmatische Erklärung der Kommunistischen Partei Deutschlands», *Rote Fahne*, año 2, núm. 21, 1971, pp. 12-16.

31 J. Schimmang, *op. cit.*, pp. 127 y ss.

32 S. Lewitscharoff. «So superverfolgt und supergeheim. Schwatzschwatz, meistens ernst, selten witzig: Wie es um 1970 wirklich war», *Süddeutsche Zeitung*, 10/11 de enero de 2009, p. 12.

bosquejaba su autobiografía política como el arquetipo de una carrera comunista nos dice que, a través de los dramas de Bertolt Brecht y el conocimiento sobre Auschwitz, se dejó sentir una sensación difusa de que había unos poderes ocultos en juego bajo la superficie de la realidad social. Sin embargo, no fue capaz de expresar esa sensación desagradable en palabras hasta que encontró la clave para la comprensión de la historia:

No descubrí a Marx hasta los veintiún años y pronto entendí por qué. [...] Cuando se ha comenzado, no te queda más opción que dejar el libro o seguir leyendo y actuar [...] No hay libro que sea tan decisivo. A la sensación vaga de que algo no está bien le seguía inmediatamente (...) una teoría práctica, científica y comprensible, que revela y explica sin dudas. No se queda en la descripción conmovedora de la miseria ni en una llamada de auxilio impotente, sino que describe con claridad el único camino viable, asigna un lugar a cada uno e indica los pasos que conducen a la solución.³³

Este tipo de relatos —que parten de la alienación emocional de la sociedad dominante, pasan por un acercamiento al psicoanálisis y la teoría crítica y terminan en una experiencia de conversión con el descubrimiento del marxismo— también estuvo presente en las llamadas charlas cooperativas entre los dirigentes del partido y posibles candidatos dentro del proceso de selección. En esos relatos, el futuro comunista se presentaba a sí mismo como un sujeto en búsqueda que había encontrado el buen camino a través de la experiencia personal y la crisis intelectual por efecto del encuentro con la teoría marxista. Al convertirse en alguien diferente a través de la lectura, el candidato pasaba a tomar la senda marcada por el cuadro comunista en un paso existencial. «No te conviertes en comunista por deseo personal ni de la noche a la mañana. Son la realidad social y la teoría que permite ver a través de ella y transformarla las que engendran a los radicales. Uno se convierte en comunista como resultado de su experiencia personal en el capitalismo cotidiano, que se puede categorizar mediante el estudio en profundidad de las teorías de Marx, Engels y Lenin»,³⁴ concluye el narrador del texto citado.

33 D. Basten. *Ich, die "Verfassungsfeindin"* (Colonia: Pahl Rugenstein Verlag, 1976), p. 9.

34 D. Basten, *op. cit.*, p. 9.

Aunque ante tales analogías quepa el escepticismo, en estas prácticas de lectura se han identificado ciertos ecos de las tradiciones de lectura cristianas, una impresión a la que da pábulo, por ejemplo, el que durante un retiro en Odenwald un seminario de lectura marxista celebrara una «misa a Marx» que, tras una representación en pantomima de la revolución, se cerró con una «oración revolucionaria».³⁵ Sin embargo, no debemos cometer el error de tomar este tipo de relatos oficiales como prueba de un mundo político que estaba herméticamente cerrado. Todo intento de abolir la vida privada y conducir una existencia en permanente militancia fracasó por las contradicciones de la existencia cotidiana y las prácticas de apropiación asertivas a nivel individual. Sin duda, ser miembro de un partido de cuadros comunista también se caracterizaba por el solapamiento de diferentes esferas públicas y privadas, por las luchas internas de poder y por las resistencias individuales, de forma no muy diferente a lo que sucedía en otras agrupaciones políticas. Sin embargo, el estatus dominante otorgado al marxismo como la base del trabajo político en muchas esferas de la vida ha llevado desde el principio a formas concretas de apropiación y ha forzado confrontaciones con determinados patrones.

Desde los primeros años sesenta, las identidades y el potencial de acción se negociaron por medio del marxismo dentro del nuevo movimiento estudiantil. La concepción propia de la SDS como asociación intelectual socialista y orientada a la teoría impuso los debates sobre la práctica política a lo largo de caminos teóricos, promoviendo con ello el uso circunstancial de las teorías marxistas. En diferentes interpretaciones del vocabulario marxista, se llevaron a cabo interpretaciones de la práctica política que diferían ampliamente en el mundo de vida de los agentes. Alrededor de 1968, las nuevas circunstancias llevaron a adaptar las prácticas de lectura y, en consecuencia, a un cambio en el estatus del marxismo. La dinámica de un «retorno a los clásicos» puso en marcha una radicalización en sectores del antiguo movimiento antiautoritario, lo que llevó a la constitución de partidos de cuadros con una estructura jerárquica y autoritaria en menos de dos años. Todos estos movimientos recurrieron de diferentes maneras a un marxismo

35 L. v. Werder. *Schwarze Landschaft. Berliner Erfahrungen 1966-1979* (Tubinga: IVA-Verlag Polke, 1979), p. 118.

que se manifestaba a través de diversas percepciones dependiendo del contexto y que, con ello, producía y legitimaba formas muy diferentes de práctica.

Referencias

- Albrecht, W. *Der Sozialistische Deutsche Studentenbund (SDS). Vom parteikonformen Studentenverband zum Repräsentanten der Neuen Linken* (Bonn: Dietz, 1994).
- Altwater, E., Böckelmann, F., Schmitz-Bender, T., Führer, R., Kunzelmann, D. y Menne, L. «Thesen zur Situation des SDS», en F. Böckelmann y H. Nagel (eds.) *Subversive Aktion. Der Sinn der Organisation ist ihr Scheitern* (Fráncfort del Meno: Verlag Neue Kritik, 1976), pp. 270-277.
- Colectivo Lankwitz, Breiteneicher, H. J., Mauff, R. y Triebe, M. *Kinderläden. Revolution der Erziehung oder Erziehung zur Revolution?* 41.^a ed. (Reinbek bei Hamburg: Rowohlt-Taschenbuch-Verlag, 1972).
- Basten, D. *Ich, die "Verfassungsfeindin"* (Colonia: Pahl Rugenstein Verlag, 1976).
- Benicke, J. *Von Adorno zu Mao. Über die schlechte Aufhebung der anti-autoritären Bewegung*, 1.^a ed. (Freiburg im Breisgau: ça-ira-Verlag, 2010).
- Böckelmann, F. «Brief an Dieter Kunzelmann vom 28.1.1965», en F. Böckelmann y H. Nagel (eds.) *Subversive Aktion. Der Sinn der Organisation ist ihr Scheitern* (Fráncfort del Meno: Verlag Neue Kritik, 1976), pp. 265-268.
- Buhmann, I. *Ich habe mir eine Geschichte geschrieben*, 1.^a ed. (Múnich: Trikont-Verlag, 1977).
- Enzensberger, U. *Die Jahre der Kommune I. Berlin 1967-1969* (Múnich: Goldmann, 2006).
- Henning, C. «Attraktion und Repulsion. Marxistische Gesellschaftsentwürfe zwischen Selbstverwirklichung und Gewalt», en T. Kroll, T. Reitz (eds.) *Intellektuelle in der Bundesrepublik Deutschland. Vers-*

- chiebungen im politischen Feld der 1960er und 1970er Jahre* (Gotinga: Vandenhoeck & Ruprecht, 2013), pp. 71-86.
- Kadritzke, U. «Produktive und unproduktive Illusionen in der Studentenbewegung», en H. Bude y M. Kohli (eds.) *Radikalisierte Aufklärung. Studentenbewegung und Soziologie in Berlin 1965 bis 1970* (Weinheim, Múnich: Juventa, 1989), pp. 239-282.
- Koenen, G. *Das rote Jahrzehnt. Unsere kleine deutsche Kulturrevolution 1967-1977*, 1.ª ed. (Colonia: Kiepenheuer & Witsch, 2001).
- Kommunistische Partei Deutschlands/Aufbauorganisation. «Programmatische Erklärung der Kommunistischen Partei Deutschlands», *Rote Fahne*, 2, 21, 1-2, 1971, pp. 12-16.
- Kraushaar, W. «Kinder einer abenteuerlichen Dialektik», en F. Böckelmann y H. Nagel (eds.) *Subversive Aktion. Der Sinn der Organisation ist ihr Scheitern* (Fránfort del Meno: Verlag Neue Kritik, 1976), pp. 9-31.
- Kunzelmann, D. *Leisten Sie keinen Widerstand! Bilder aus meinem Leben* (Berlín: Transit, 1998).
- Landois, L. *Konterrevolution von links. Das Staats- und Gesellschaftsverständnis der „68er“ und dessen Quellen bei Carl Schmitt*, 1.ª ed. (Baden-Baden: Nomos, 2008).
- Lewitscharoff, S. «So superverfolgt und supergeheim. Schwatzschwatz, meistens ernst, selten witzig: Wie es um 1970 wirklich war», *Süddeutsche Zeitung*, 10/11 de enero de 2009), p. 12.
- n.A. «Sex und Marx», *Der Spiegel*, 29, 1967, pp. 27-28.
- Nassehi, A. *Geschlossenheit und Offenheit. Studien zur Theorie der modernen Gesellschaft*, 1.ª ed. (Fránfort del Meno: Suhrkamp, 2003).
- Rabehl, B. «Karl Marx und der SDS», *Der Spiegel*, 16, 1968, p. 86.
- Reckwitz, A. *Die Transformation der Kulturtheorien. Zur Entwicklung eines Theorieprogramms* (Weilerswist: Velbrück Wiss, 2006).
- Reichardt, S. «Praxeologische Geschichtswissenschaft. Eine Diskussionssanregung», *Sozial.Geschichte*, 22, 3, 2007, pp. 43-65.
- Reiche, R. «Sexuelle Revolution - Erinnerung an einen Mythos», en L. Baier (ed.) *Die Früchte der Revolte. Über die Veränderung der poli-*

- tischen Kultur durch die Studentenbewegung* (Berlín: K. Wagenbach, 1988), pp. 45-72.
- Schimmang, J. *Der schöne Vogel Phönix* (Fráncfort del Meno: Suhrkamp, 1979).
- Schneider, P. *Rebellion und Wahn. Mein 68: eine autobiographische Erzählung*, 1.^a ed. (Colonia: Kiepenheuer & Witsch, 2008).
- Sonnenberg, U. *Von Marx zum Maulwurf. Linker Buchhandel in Westdeutschland in den 1970er Jahren*, 1.^a ed. (Gottinga, Niedersachs: Wallstein, 2016).
- Spix, B. *Abschied vom Elfenbeinturm? Politisches Verhalten Studierender 1957-1967*, 1.^a ed. (Essen: Klartext, 2008).
- Vring, T. von der. «Antikritisches zur Strategiediskussion (I)», *neue kritik*, 6, 28, 1965, pp. 17-23.
- Weiss, H. *Die Ideologieentwicklung in der deutschen Studentenbewegung* (Múnich, Viena: R. Oldenbourg; Verlag für Geschichte und Politik, 1985).
- Werder, L. v. *Schwarze Landschaft. Berliner Erfahrungen 1966-1979* (Tubinga: IVA-Verlag Polke, 1979).